

## *Asclepio. Un texto sapiencial. Introducción, texto bilingüe y notas*

CLAUDIA D'AMICO (Ed.) (2017).

Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 249 páginas.



Nicolás Raúl Torres Ressa

Universidad Nacional de La Plata, Argentina.

El presente volumen es fruto del trabajo de Claudia D'Amico y su equipo de investigadores. Está compuesto por tres notas introductorias, el texto latino del *Asclepius*, una traducción al castellano realizada por el grupo de investigación, cinco notas temáticas, un apéndice de términos técnicos y un apéndice bibliográfico.

En su nota introductoria, "Asclepio, un texto sapiencial", D'Amico señala que el texto hermético conocido como *Asclepius* es una traducción latina del siglo IV d.C. de un original griego titulado *Lógos téleios* ("El discurso perfecto"), escrito aproximadamente entre los siglos II y III d.C. en un ámbito cultural greco-egipcio. La autora del artículo indica que el propósito de quienes escribieron el *Asclepius* era transmitir una sabiduría "antigua", según ellos anterior a Platón y a Pitágoras e inspirada por el dios griego Hermes (dios que, en el mundo antiguo, era identificado con el romano Mercurio y con el egipcio Thot). La nota termina con una reflexión acerca del género literario de la obra; D'Amico afirma que el *Asclepius* es un texto prácticamente inclasificable ya que es imposible discernir si se trata de un escrito filosófico, teológico, religioso o mágico. Dada esta imposibilidad, la autora concluye que el término más adecuado para describirlo es "sapiencial" porque esta palabra reúne todas las acepciones arriba enumeradas (p. 9). En la segunda nota introductoria, "El contexto histórico y doctrinal", Lucas Oro ofrece un estado de la cuestión de la investigación acerca del contexto histórico, cultural y religioso de los llamados "textos herméticos". Julieta Cardigni, en su nota "El texto, su historia y el presente libro", da cuenta de la historia de la transmisión textual del *Asclepius*.

Con respecto al *Asclepius*, debemos señalar que el texto latino utilizado es el fijado por Claudio Moreschini en 1991, aunque se reconoce y se deja en evidencia el cotejo de la edición de 1960 de Arthur Darby Nock y André-Jean Festugière. El texto está estructurado en forma de diálogo, donde intervienen el dios Hermes Trismegisto, un personaje llamado Asclepio (nieto del personaje mitológico homónimo creador de

la medicina, p. 79) y sus amigos Tat y Amón. Al inicio de la obra, el personaje de Hermes Trismegisto invita a Asclepio a tomar parte en un discurso divino, es decir, un discurso inspirado por el dios supremo. El presente volumen está dividido en 41 párrafos, distribuidos en dos partes: la primera (que abarca entre los párrafos 1 y 13) se ocupa preponderantemente del alma humana y de algunas nociones cosmológicas y ontológicas; la segunda (que se extiende desde el párrafo 14 hasta el final de la obra) desarrolla estas últimas nociones.

Como hemos señalado en el párrafo anterior, la primera parte del *Asclepius* trata sobre el alma humana: Hermes le dice a Asclepio que toda alma humana es inmortal, pero que no todas lo son del mismo modo. Durante los siguientes cinco párrafos, el dios guarda silencio sobre este punto pues da un rodeo ontológico y cosmológico. En primer lugar, expone cuáles son los dos principios constitutivos del mundo: uno activo llamado "alma" (*anima*) y otro pasivo llamado "tierra" (*terra*). Acto seguido, afirma que esos dos principios se reúnen en uno solo, al cual a veces llama "naturaleza" (*natura*) y otras veces, "cielo" (*caelum*). En segundo lugar, Trismegisto afirma que la realidad consta de distintos géneros (*genera*), a cada uno de los cuales les corresponden infinitas especies (*species*). Como ejemplos de géneros, enumera a los dioses, los daímones y los hombres. Según el dios, todos los géneros son inmortales pero no necesariamente lo son las especies; por otra parte, las especies de un género pueden "mezclarse" con las de otro y de ese modo volverse semejantes a otros géneros. Llegado a este punto, retoma la cuestión de la inmortalidad del alma humana y señala que el hombre que esté cerca de los dioses es capaz de hacerse semejante a ellos y, por lo tanto, de acceder al tipo de inmortalidad divina. El hombre, declara Hermes, es un magnífico milagro (*magnum miraculum*) porque posee dos naturalezas: por un lado, una divina que lo emparenta con los dioses y los daímones; por el otro, una naturaleza corporal, en virtud de la cual se ocupa de los asuntos terrenales, como el cultivo de la tierra, los puertos, la edificación, los puertos, las navegaciones

y las comunicaciones. El hombre es una de las dos imágenes del primer dios. Más específicamente, es la segunda, pues la primera es el mundo. Trismegisto señala que el primer dios (el Uno) creó un segundo dios (el mundo), lo amó y acto seguido creó un tercer dios (el hombre) para que pudiese contemplar y amar al segundo. La doble naturaleza del hombre, por lo tanto, se explica por su doble tarea: contemplar al primer dios y cuidar del mundo. Para ocuparse de los asuntos del mundo, necesita de las disciplinas y de las artes. Para tener parte en lo divino, el hombre debe desdeñar las posesiones y sus deseos corporales. El primer tramo de la obra finaliza con una definición de filosofía: según Hermes, consiste en dar gracias al dios supremo y venerar sus obras. No se la debe confundir con disciplinas como la aritmética, la música y la geometría, a pesar de que ocasionalmente la filosofía puede valerse de los contenidos de éstas para alabar al primer dios.

En la segunda parte del discurso, el dios desarrolla los núcleos ontológicos, cosmológicos y antropológicos que habían quedado pendientes en la primera. En el párrafo 14, Trismegisto presenta una tríada de principios: el dios (*deus*), la materia (utiliza el vocablo griego *hýle*) y el espíritu (*spiritus*). Cuando habla de “el dios”, Hermes hace referencia al primer dios; a veces lo llama “padre”, no sin antes aclarar que ningún nombre es suficiente para referirse a él de un modo preciso, pues no tiene ni cantidad, ni cualidad, ni número ni ninguna otra determinación. No obstante, se lo puede nombrar con los nombres de todas las cosas, pues es Uno y todo; todo es a partir de él, en él y por él. En el primer dios coinciden el pensar, el querer y el tener, su voluntad coincide con su bondad. Es eterno, estable e inmóvil y dispensa bienes para todas las especies y géneros.

El mundo está constituido por dos principios: uno pasivo (la materia, es decir, la *hýle*) y uno activo (el espíritu). La *hýle* es el receptáculo de todas las especies, mientras que el espíritu gobierna y pone en movimiento a éstas. El vocablo latino para referirse al mundo es *mundus*, pero el uso de esta palabra es equívoco: en ocasiones, Trismegisto la utiliza también para hablar sólo del receptáculo. Este segundo dios posee en sí mismo la fuerza para nacer y para engendrar, es al mismo tiempo concepción y parto; es el lugar de todas las cosas, donde acontecen los nacimientos de las especies sensibles. En esta última característica, se diferencia del primer dios, que no puede engendrar a causa de su inmutabilidad. Es completamente pleno y no admite la existencia de lugares vacíos: los lugares presuntamente vacíos son cuerpos sutiles, como por ejemplo las almas de los

héroes y los daimones, que habitan en las partes más puras del aire. El mundo se rige por el tiempo, al cual Hermes define como un movimiento permanente y eterno, que imita la eternidad inmóvil del Uno.

En lo que respecta al tema antropológico, Hermes señala que el hombre es mejor que los dioses y que los demás seres mortales porque tiene una doble naturaleza. Esta doble naturaleza consiste en dos facultades: un intelecto mortal (que depende de la memoria y se ocupa de las disciplinas y las artes) y un intelecto divino (por el cual puede unirse a los dioses y ser feliz). Además, existe un parentesco más importante aún entre el hombre y el primer dios: ambos son hacedores de dioses. El hombre puede crear estatuas mágicas (es decir, “dioses sensibles”) a su imagen y semejanza. Esta característica había sido el gran “hallazgo” de los antepasados egipcios de Asclepio: habían descubierto que podían crear estatuas con piedras, hierbas y aceites aromáticos y, en ellas, introducir el alma de ángeles o de daimones. Estas estatuas son dioses, también tienen una doble naturaleza: la divina y la del material con el cual han sido fabricadas; poseen el poder de vaticinar el futuro, curar enfermedades e incluso de hacer el mal.

Hacia el final, en el párrafo 40, Trismegisto presenta una nueva tríada: la *heimarméne*, la necesidad y el orden. Con estos tres principios, busca mostrar cómo todos los seres están conectados entre sí, tanto los sensibles como los que no pueden ser percibidos por los sentidos. La *heimarméne* (término griego que significa “destino”) es la que da a luz todo lo engendrado; la necesidad ata y une toda la creación; y el orden constituye el mundo. En el último párrafo, Asclepio sale del santuario y pone en práctica la definición de filosofía que le había dado Hermes: ora al dios dándole gracias por haber dotado a los hombres de intelecto, razón y conocimiento: intelecto para que lo conozcan, razón para que lo busquen y conocimiento para que gocen de él.

A continuación de la traducción del *Asclepius*, hay cinco notas complementarias destinadas a guiar la lectura y la comprensión del texto. La nota de Nadia Russano, “La fórmula uno-todo como criterio exegético del Asclepio”, propone la fórmula *unus-omnia* como clave de lectura del *Asclepius* y reflexiona sobre sus implicancias teológicas, gnoseológicas y cosmológicas. Russano hace alusión a la máxima ontológica que el propio Trismegisto enuncia al inicio de la obra: el Uno es todo y todo es el Uno (*omnia unum esse et unum omnia*, pp. 30-31). D’ Amico, en su nota temática “La trama de lo real” propone la dialéctica entre el hombre y el mundo como clave de lectura

de la primera parte del *Asclepius*; y la dialéctica entre el espíritu y la materia como clave para la segunda. En “El hombre, magnífico milagro”, Natalia Strok reflexiona sobre la “doble naturaleza” que Trimegisto atribuye al hombre y sobre la importancia del cuerpo para llevar a cabo una de las dos tareas: perfeccionar el mundo por medio de las disciplinas y las artes. Lucas Oro, en su nota “Religión, astrología y magia”, sostiene que en el *Asclepius* el culto supone una “conciencia participatoria” porque el discurso hermético es un discurso que trae a la realidad aquello que se menciona. La magia, señala Oro, no es un conocimiento que se posea, sino que es un modo de relacionarse, es decir, un modo de vida. En “El fabricante de dioses: estatuas animadas por un hálito vital”, Adriana Martínez estudia puntos de contacto entre la fabricación de imágenes de dioses aludida en el *Asclepius* y la cultura egipcia. La nota termina con

una galería de representaciones iconográficas relacionadas con Asclepio, realizadas en un lapso de tiempo que abarca desde el siglo V a.C. hasta el XV d.C.

La obra se destaca por contar con un texto bilingüe y por la claridad expositiva de los autores, quienes en sus artículos logran ofrecer una visión de conjunto de las principales cuestiones relevantes para la comprensión del texto, las cuales podrían resultar inaccesibles para quienes se inician en el estudio del hermetismo. Celebramos su publicación y lo consideramos de lectura altamente recomendable no sólo para los investigadores que hagan de la tradición hermética su objeto de estudio, sino también para el lector general que desee introducirse en este fascinante mundo filosófico, teológico y mágico; o mejor dicho (empleando el término elegido por D’Amico) en este fascinante mundo sapiencial.